
LA CONCEPCION INMACULADA DE MARÍA.

DISCURSO I.

Exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.

Mi espíritu se ha regocijado en el Dios que es mi salud.

(Luc. I, v. 47.)

Tales fueron, católicos, las palabras de María á la sazón en que, llevando ya en su seno virginal al Verbo increado, oye la felicitacion que Isabel la dirige acerca de sus altos destinos y sus grandezas. Entregada á los más deliciosos trasportes, publica repentinamente los sentimientos de humildad, de gratitud y de alegría de que su alma está penetrada, á la vista de las estupendas maravillas que ha obrado en ella el Omnipotente: *Exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.*

Sin dar á estas palabras una violenta interpretacion, puedo ponerlas en su boca en el momento de su Concepcion inmaculada; pues esta concepcion milagrosa le procuró el perfecto uso de su razon, y fué, por otra parte, un favor de inestimable precio. Si, no lo dudemos: en los inefables arrebatos con que la anima el Espíritu Santo, exclama: ¡Dios mio, mi Libertador y mi Padre! Vos me habeis salvado del más grande de los infortunios. Gracias á vuestra bondad, que se ha complacido en derramar con profusion sobre esta humilde sierva vuestros dones y bendiciones más preciosas, me he librado de un mal más terrible que el Infierno, del pecado que corrompe todo el género humano. ¡Cuán dulce, cuán amable me debe ser esta singular ventaja! ¡Qué de atractivos, qué de hechizos tiene para mi corazon! Ni un momento me he visto en la desgracia de mi Dios; al fijar sobre mí sus miradas, nada percibe que pueda ofender su santidad; segura estoy de no haberle desagradado jamás; segura de no desagradarle nunca. No: todas las delicias, todos los encantos,

todas las satisfacciones de la tierra, nada tienen de comparable con la sublime alegría que experimenta mi alma en este momento: *Exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.* Así María, llena de justicia y de santidad en su concepcion sin mancha, unida ya intimamente á su Dios en un tiempo en que todos somos esclavos de Satanás, adora la mano poderosa que la preservára del contagio del pecado, y reconoce humildemente, que todo lo debe á Aquel, que por su gracia la ha prevenido con sus bendiciones santificantes. Pero, convencida tambien, de que los señalados y extraordinarios favores con que la ha distinguido el Omnipotente, exigen de su parte una fiel y exacta correspondencia, no se ocupa, desde aquel feliz momento, más que de comprender el inestimable precio de esta gracia, de conservarla en su corazon, y de aumentar tan precioso tesoro con la práctica de todas las virtudes.

Tal es la doble idea bajo la cual vengo á proponeros el misterio de este dia en un discurso, que pueda contribuir á un mismo tiempo al elogio de la Santísima Virgen, y á nuestra propia edificacion. María, sin mancha en el primer instante de su vida, porque ha sido prevenida por la gracia: María siempre ejemplar en su conducta, porque ha sido fiel á la gracia. En la primera parte vereis el principio de su gloria: en la segunda, el principio de su mérito. Dos reflexiones que por su importancia merecen toda vuestra atencion. Imploremos, etc. A. M.

El estado actual en que nace el hombre, flaco, desordenado y privado de la justicia, no es obra del Criador. El hombre salió de las manos de Dios inocente y justo; este Señor grabó en su alma rasgos de semejanza con sus perfecciones infinitas, y su amor se extendió á la imágen que había formado. La naturaleza del hombre, robusta y vigorosa, no necesitaba de una gracia que curase sus enfermedades; su alma se hallaba adornada con las joyas más preciosas; podía perseverar en el estado de la justicia, y transmitir tan augustos derechos á su posteridad; pero, no acertando á sostener tanta gloria sin orgullo, cegáronle una engañosa curiosidad, el deseo de la independencia, y el placer de obrar por sí mismo. Los sentidos mezclaron sus atractivos con estos estímulos secretos; y comiendo de la fruta prohibida, gustó la perniciosa dulzura de satisfacer un vano deseo. Inmediatamente desfiguró el pecado la obra perfecta de la creacion; se declaró la rebelion de los sentidos; y no pudiendo sufrir el hombre la vergüenza de su culpa, huyó de la presencia del Criador: su

conciencia le acusaba, y sus despreciables excusas acabaron de confundirle. Entónces el Señor, irritado contra su obra, pronunció contra Adán el decreto de muerte; y debiendo de ser su pecado el nuestro, su linaje fué tambien proscrito para siempre. Desde este momento fatal, la corrupcion del barro de que fué formado el primer hombre, inficiona cuantos vasos salen de las manos del artífice, y el pecado corre por nuestras venas con la vida. En el instante en que recibimos de Dios el primero de sus beneficios, somos dignos del primero de sus anatemas; y merecemos que nos destrozé con la misma mano que nos ha formado. ¡Qué noche, con todos sus horrores, es comparable á este momento tenebroso!

Mas, no temamos que María experimente la misma suerte. Dios no puede permitir, ni permitirá jamás, que sea manchada con un oprobio tan contrario á sus altos designios: oprobio que refluiría en mengua de su propio Hijo. Escogida para Madre de Jesucristo, debía ser colmada de todas las gracias desde el instante de su concepcion, á fin de que, llena del Espíritu de Dios, se hallase en disposicion de ser elevada á la sublime dignidad á que se la destinára ántes del principio de los siglos. En efecto; desde el momento de su concepcion muéstrase delante de su Dios como la aurora naciente que anuncia un dia claro y sereno. «Vén, le dice este Señor adorable; tu belleza es sin igual; no hay en tí ni mancha, ni imperfeccion, ni defecto: eres la más hermosa de todas las criaturas; la obra más acabada que ha salido de mis manos; más dichosa que Jeremías, no has sido meramente arrebatada de entre los dientes de la antigua serpiente, sinó que has triunfado de todos los esfuerzos de su furor, y aplastado su cabeza. Vén, mi muy amada: yo pondré en tí todas mis complacencias; despues del Verbo increado, que engendré desde la eternidad en el seno de la gloria. eres la más perfecta imágen en que puedo contemplar mi grandeza. Vén; yo quiero coronarte con mis propias manos: te daré en herencia todas las naciones; cooperarás conmigo al más grande de mis designios: la salud del mundo, que medito, será mi obra; mas tú tendrás parte en realizar tan grandiosa empresa. Vén; voy á revestirte de un poder que será el terror y el espanto de las potestades de las tinieblas; tú sola serás un ejército ordenado en batalla, formidable al mismo Infierno. Vén; tú eres la imágen de la divinidad, la maravilla del mundo, la Reina de la naturaleza.»

Ved ahí, católicos, como Dios se apresura, no digo á libertar, sinó á preservar de la servidumbre comun á esa dichosa criatura. ¡Asom-

broso espectáculo! Un fuego devorador todo lo abrasa, y en medio del incendio general, un árbol majestuoso, no solamente queda libre de la voracidad de las llamas, sinó que, además, se muestra cargado de flores, y vá á producir un fruto que será la salud de las naciones. Un tirano furioso cubre el universo de ruínas; y en medio de sus conquistas una sola plaza resiste á sus violentos ataques. Hablemos con más claridad: todo el género humano gime encadenado bajo el cruel imperio del príncipe de las tinieblas; y una simple niña está á cubierto del furor del mónstruo, que ha triunfado de todos los hombres y reducidos á su yugo. ¡Privilegio único é incomprensible! Mil y mil veces el Dios omnipotente hizo salir á los muertos del fondo de los sepuleros, ha domado la rabia de los leones y detenido el furor de las llamas; pero salvar del pecado de origen, prevenir el contagio que ha inoculado su veneno sobre todos los descendientes del primer hombre, es favor de un órden tan extraordinario, tan sublime, que no le ha concedido más que una sola vez, y á una persona sola; es una prerogativa singular de María, destinada para ser su Madre.

Hé ahí, católicos, lo que forma con justo título el principio de la gloria de esta incomparable Virgen: pero en este principio hé ahí tambien un motivo para confundirnos; porque al considerar la primera gracia que reconocemos hoy en María, ¿podremos dejar de recordar nuestro origen vergonzoso y humillante; aquel pecado de nuestro primer padre, que imprimió en nuestra naturaleza una mancha y corrupcion, que se perpetúa hasta sus últimos descendientes, con un fondo de miserias y de enfermedades tan duraderas y multiplicadas como los dias del hombre? Esta es la séria reflexion, que el más sábio de los hombres oponía á las ilusiones y sorpresas de la vanidad, tan mal entendida, pero, desgraciadamente, harto comun en ciertas condiciones. Prevenido abundantemente de todas aquellas ventajas que son el objeto de la ambicion del siglo, veíase, como lo dice él mismo, casi tan elevado sobre los demás reyes como lo están los reyes sobre los pueblos; pero, despues de todo, continúa diciendo: «á pesar del resplandor de la gloria que brilla en derredor de mi trono, y á través de los símbolos de grandeza de que me veo revestido, confieso, que nada tengo en el fondo que me distinga del resto de los hombres; conozco que no soy más que un conjunto de miseria y de pecado, un hombre débil y mortal como los demás, amasado del mismo lodo que ellos, y semejante, por la condicion de mi naturaleza, al último de los esclavos que viven sobre la tierra: *Sum quidem et ego mortalis*

homo, similis omnibus, et de genere terreni illius, qui prior creatus est.»

Palabras que debieran tener siempre presentes esos hombres orgullosos, que á favor de lisonjeros títulos, de algunos bienes, de su crédito, talento ó prosperidad, quieren, al parecer, pasar por seres singulares y diversos del resto de sus semejantes. Nada, en efecto, más eficaz que la memoria de aquel primer momento que nos ha visto nacer, para convencernos de que, si en el comercio de la vida las sábias leyes de la sociedad parecen distinguirnos á los unos sobre los otros, no por eso debemos dejarnos deslumbrar por distinciones que en nada alteran nuestra verdadera condicion. Por más honores y respetos que por el bien parecer, ó por obligacion, se nos tributen, en el fondo, no somos sinó hombres mortales, cenizas animadas, hijos culpables de un padre criminal, objetos de la justa cólera de un Dios en nuestro nacimiento, y muchas veces, triste juguete de las más viles criaturas en el corto espacio de esta vida mortal.

Y lo que más debe confundirnos es, la vista de las iniquidades que nos son propias, que añadimos sin remordimiento á la mancha de nuestro origen, y que mucho ménos perdonables en su principio, nos hacen siempre más criminales á los ojos de Dios; aquellos pecados de eleccion y de determinacion, aquellas prevaricaciones de toda especie, libres, voluntarias, con que gravamos todos los dias nuestra conciencia, y perpetuamos la infamia de nuestro nacimiento. ¡Extraña contradiccion en nuestros sentimientos! Apartamos de María con religiosa delicadeza la menor idea de una culpa que nos es comun á todos. El pecado, decimos, lleva consigo tal horror, que no puede atribuirse á la Madre de Dios sin imputarla una mancha que la degradaría. Sin embargo, poco acorde nuestro corazon con nuestro entendimiento, nos abandonamos sin escrúpulo al pecado; nos complacemos en habitar con este mónstruo, y nos sujetamos voluntariamente á su yugo. ¿Qué digo? ostentamos por todas partes la vergüenza de su servidumbre con aire de independenciam, de libertad, de fausto y de alegría; y miéntras estamos vendidos á Satanás, como el más vil mercenario al más imperioso de los tiranos, nos preciamos de elevacion de espíritu, de grandeza de alma, de nobleza de sentimientos; cual si el pecado nada ofreciese de horroroso á nuestros ojos sinó en la más pura de las vírgenes, y cual si to la su deformidad se convirtiese, por lo que á nosotros respecta, en un nuevo título de honor y de alabanza.

Por fin; debe cubrirnos de confusion la vista de aquella primera gracia con que Dios nos ha prevenido en su misericordia, cuya pre-

ciosa memoria nos excita el misterio de este dia. Concebidos en la iniquidad, hijos de cólera y dignos de una muerte eterna, aún ántes de nacer; ved ahí lo que hemos sido, y el justo motivo de nuestra humillacion: *Et hæc quidem fuistis*, dice el Apóstol. Pero el agua del bautismo, agua pura y santificante, ha lavado todas nuestras manchas: *Sed abluti estis*. Desde entónces nuestro Dios nos ha mirado con ojos de padre: su cólera ha sido reemplazada por el amor, y nos ha revestido á la faz de su Iglesia del hábito de la inocencia y del velo de santidad: *Sed santificati estis; sed justificati estis*. ¡Privilegio incomparable, que arrancándonos el oprobio de nuestro antiguo estado, nos hace hijos de Dios, y participantes, en algun modo, de la naturaleza divina! *Divinæ consortes naturæ*. Tal es nuestra gloria y el origen de nuestra dicha.

Sin embargo, ¡por cuánto tiempo hemos conservado esta gracia inestimable de adopcion que nos dá á Dios por Padre! Vosotros lo sabeis; solo aquel tiempo preciso en que, por falta de razon, no pudimos hacernos culpables. Parece que nos apresuramos y que estamos impacientes por despedazar esa vestidura de inocencia, casi tan presto como la hemos recibido; y consentimos tranquilamente en perderla, para ponernos en la necesidad de recobrarla á costa de grandes esfuerzos. ¡Dichosos aún, si así hiciéramos estos merecidos esfuerzos, y conociéramos bien el precio de tan rico tesoro, para sentir su fatal pérdida! Porque es preciso que la sinceridad de nuestra penitencia nos la restituya, ó que nuestros nombres sean borrados para siempre del libro de la Vida. Ved aquí un punto capital que no podemos dar al olvido. Pero no limitemos á esto todas nuestras reflexiones, pues María va á suministrarnos otras que no son ménos importantes. Ya es tiempo de considerar su fidelidad á la gracia de la cual recibe hoy las felices primicias.

Quando contemplamos á la luz de la fé, la suprema cualidad con que Dios quiso honrar á María, escogiéndola para dar al mundo á su Hijo único, nada nos sorprende el verla distinguida del resto de las criaturas con todas las bendiciones que brillan en su concepcion inmaculada. Nada es demasiado grande para la Madre de un Dios: todo lo que puede convenir al hombre en el orden de la gracia, parece estar vinculado á esta eminente dignidad, singular en su especie. Pero, el ver hasta que punto esta Santísima Virgen extiende su vigilancia sobre su propia conducta; que en lugar de prevalerse de los privilegios de que goza, pone tanta diligencia en su perfeccion como si no hubiera recibido ninguno; esto es, católicos, lo que forma en la

Iglesia el espectáculo más edificante: la religion no puede proponer á nuestra consideracion un ejemplar más bello. pues en él observamos al mismo tiempo un alma confirmada en la gracia, y que obra, sin embargo, como si pudiera perderla; un alma prevenida por la plenitud de la gracia, y que se porta, no obstante, como si no hubiera recibido más que una módica porcion: doble consideracion para nosotros. Es un sentimiento universal y creencia común de la Iglesia, que María, distinguida de todos los demás santos en la dispensacion de los dones de Dios, recibió desde luego una gracia de confirmacion, que la fijó invariablemente en el estado de inocencia, y que fué como un privilegio inseparable de la santidad de su condicion. En tal estado, pues, de una gracia inamisible, ¿qué derecho no parecía tener para vivir en el mundo libremente y sin vigilancia? ¿A qué tanto esmero por conservar lo que no se puede perder? ¿Qué necesidad hay de precauciones cuando no hay enemigos que temer, ni combates que sustentar? Tal era la situacion de María: libre de toda pasion desarreglada, sin concupiscencia en el corazon, sin rebelion en los sentidos, su inocencia fué inaccesible á todo lo que se llama pecado.

¿Cuáles fueron, sin embargo, sus diligencias para conservar un tesoro de cuya posesion estaba segura? ¡Ah! una práctica continua de abstinencia, de ayuno y de oracion; un silencio riguroso, un retiro doméstico, una habitacion señalada en la casa del Señor, son para ella leyes inviolables. No se la ve jamás presentarse en las fiestas del siglo, en las concurrencias y reuniones de los mundanos, ni ir á buscar vanas diversiones entre un pueblo libre y disipado. Aún el mero trato con las mujeres más prudentes de Israel, le parece á veces un obstáculo ó un peligro; temería, cuando ménos, dar materia á una leve sospecha desventajosa á su reputacion. Todo alarma su modestia y su pudor; y aunque aquellas ocasiones tan fatales, que son algunas veces el escollo de las más heróicas virtudes, no hubieran podido servir sinó para hacer brillar la suya, cree, á pesar de eso, que el mayor mérito, consiste en buscar un asilo seguro contra todo escollo. Católicos, este admirable ejemplo, ¿no es un terrible juicio de condenacion contra nosotros por nuestra falta de precaucion y de vigilancia? Sin hablar de tantos hombres insensatos, que parecen haber hecho un pacto con la muerte, y que familiarizándose con las ocasiones más próximas, quieren correr todos los dias voluntariamente el riesgo espantoso de una perdicion eterna; ¿en dónde están aquellas sábias y saludables precauciones que la gracia exige, aún entre las mismas personas que se tienen por más arregladas? ¿Qué género de delicadeza se advierte en su conducta para conservar los dones que el Señor les ha dispensado? Es muy duro, se dice comunmente para autorizar la libertad de costumbres; es muy duro guardar tanta reserva, y reducirse á una conducta tan circunspecta. ¿Será preciso renunciarlo todo? ¿se querrá que vivamos como anacoretas en medio del siglo?

¡Ah! ¡injusto y lastimoso lenguaje, que muestra que ni aún se tiene idea de lo que constituye el fondo del hombre cristiano y la base de la violencia evangélica! No, ciegos mundanos; no se pretende aislaros en el recinto de vuestras casas, ni ménos que os retireis á un desierto, sinó que vivais como cristianos, huyendo de aquellos escollos contra los cuales se ha estrellado tantas veces la virtud más sólida y constante. No, hombres imprudentes y disipados; no se trata de que seais anacoretas, sinó de destruir esa falsa seguridad, que os deja tranquilos y sin remordimiento en un siglo, en que mil objetos capaces de alarmar la piedad pasan por indiferentes, y en que casi todo lo que se debe evitar para mantener el corazon sin mancha, viene á ser de uso frecuente y ordinario, y forma parte de una frívola y profana educacion. No, almas seducidas por las lisonjeras apariencias de una virtud equívoca; no se os quiere obligar á que lo renunciéis todo, sinó á que rompais ciertos lazos que os unen al mundo, para preservaros de mil ocultos peligros, á los cuales os arrastra sin cesar vuestra inclinacion ciega sin eleccion ni discernimiento. Se os quisiera persuadir, que la seguridad del que arrostra el peligro jamás fué seguridad contra el peligro mismo.

La segunda enseñanza que nos dá María es, que habiendo recibido la plenitud de la gracia, se conduce, sin embargo, como si no hubiera de ella recibido más que una módica porcion. ¿Qué le faltaba, en efecto, de todo lo que puede formar sobre la tierra la perfeccion de un alma? La suya, desde su nacimiento, mostróse en un grado de elevacion muy superior al de los más grandes santos. Prevenida así por las bendiciones del Señor con una preferencia tan señalada, ¿no podía limitarse á conservar este rico tesoro, vivir en paz en su abundancia, y evitar los cuidados penosos de un continuo trabajo? ¡Ah! ese error peligroso, esa ilusion capaz de engañar á un alma ménos atenta, no fué la regla de esta Virgen escogida. Educada con tanto cuidado en la escuela de la sabiduría, muéstrase convencida de que se retrocede en el camino de la virtud cuando no se hacen esfuerzos para adelantar en él. Apoyada en tales principios, y penetrada de la fuerza de estas verdades, señala todos sus pasos con algun nuevo grado de perfeccion. Sin pensar en los copiosos tesoros de

gracia y de virtud con que el Señor la ha enriquecido, trabaja sin cesar por adquirir nuevas riquezas. Ningun reposo, ningun vacío en los momentos que componen los días de su vida mortal, ninguna interrupción en las prácticas de santidad. Las acciones más comunes, las mismas necesidades de la naturaleza á que pone límites severos, no están exentas de mérito; y para decirlo todo de una vez, nada ejecuta que no sea santificado como un nuevo fruto de la gracia.

Católicos, ¿es esta la regla de nuestra conducta? ó más bien, ¿no es este ejemplo mismo el que acaba hoy de confundirnos, y de poner en evidencia toda la injusticia de nuestros sentimientos? No es mi ánimo entrar aquí en el misterio de la dispensación de las gracias, para decir precisamente á cada uno hasta donde debe extenderse su fidelidad para con Dios. Bástenos saber, que el Sol de justicia que nos alumbra, no luce igualmente para todos; que como la medida del talento es diferente, lo es también la del trabajo y de la obligación; y por consecuencia, que el siervo á quien el padre de familia no ha confiado más que un solo talento, no será condenado al fuego por no haber recibido tanto como los demás, sino por haber dejado estéril lo que ha recibido. ¡Ay del siervo infiel que haya sepultado el talento de su Señor! Lo que debería ser la causa de su dicha, será ocasión del más terrible de los castigos. ¡Quiera Dios que esta desgracia no caiga sobre ninguno de nosotros! Pero es constante, que en este punto llamamos nuestra indolencia é insensibilidad hasta un extremo que ningun pretexto puede cohonestar. En todo lo demás desplegamos una energía y actividad infatigables. ¿Qué esfuerzos no hace el avaro, para acumular tesoros sobre tesoros; el ambicioso, para perder á sus competidores y abrirse un camino á los honores y dignidades: el voluptuoso, para inventar nuevos placeres y pasar los días de su vida en un círculo de alegrías, de fiestas y espectáculos? Y qué, católicos, ¿seremos menos vigilantes y menos diligentes, para hacer fructificar el talento evangélico, el talento de la gracia, que puede producirnos tesoros inmensos y eternos, que para aumentar una fortuna perecedera, y unas satisfacciones del momento y de ningun valor? ¡Deplorable ceguedad! El tiempo absorbe todos nuestros cuidados, todos nuestros pensamientos, todos nuestros deseos; ¡y la eternidad y nuestra propia salvación no nos merecen más que indiferencia y olvido!

Aprendamos á ser más sabios y más prudentes por nuestros propios intereses. Que el ejemplo de María nos confunda hoy útilmente, para evitar en el último día una confusión más terrible. Sigamos sus

huellas, imitemos sus virtudes. Pero, en el estado de fragilidad á que nos ha reducido el pecado, ¿quién formará en nuestros corazones aquel generoso desprecio del mundo, aquel amor tan puro y activo, aquella sumisión sin reserva, aquella pureza sin mancha? ¡Virgen Santísima! después de haber dejado tan insignes ejemplos, alcanzadnos la gracia necesaria para seguirlos. Pedid para todos los que se interesan en vuestras glorias, una fé dócil, un corazón casto, el espíritu de penitencia, la sed de justicia; á fin de que, siguiendo vuestros pasos por las sendas de la virtud, merezcamos algun día reinar con Vos en la gloria. Amen.

LA CONCEPCION INMACULADA DE MARÍA.

DISCURSO II.

Una est columba mea, perfecta mea.
Una sola es la paloma mía, la perfecta
mía.

(CANT. VI, 8.)

Si las palabras del Cantar de los Cantares han de referirse á María, ignoro el por qué Dios la llama única, pues no cabe duda, en que María no es única por la nobleza de su origen; otros personajes muy celebrados se mencionan en la bendita descendencia de Abraham, en la tribu escogida de Judá, y en la real estirpe de David que fueron herederos muy celebrados por una larga serie de antepasados, por el honor del cetro, por eminencia de obras ó por dignidad de sacerdocio. María no es única por candor de inocencia, pues en el principio del mundo se vieron también los Abeles, así como se admiraron los Juanes en los albores de los nuevos días. María no es única por abundancia de gracias, ya que fueron enriquecidos con gracias muy preciosas, antes que Ella, los Patriarcas y los Profetas, así como los Apóstoles y los Mártires después de su aparición en el mundo. María no es única por el conocimiento de las cosas celestiales, pues, los Cielos se rasgaron á Ezequiel en el Gobar, á Daniel á orillas del Tigris, y á Elías en el monte Carmelo, quienes anunciaron, no tan solo las cosas presentes, si que también los sucesos ocultos entre las tinieblas de lo futuro. María no es única por el dón de milagros, pues, por muy detenidamente que se examinen todos los instantes de su vida, no vemos que se citen de Ella ni uno solo de los prodigios que hicieron célebre el nombre de Moisés, ó los verificados en todo tiempo por los héroes del cristianismo. Luego; ¿por qué razón Dios, dirigiendo la palabra á María, la llama única: *Una est columba mea, perfecta mea*? A esas observaciones se contesta, hermanos míos,

con la festividad de hoy. En efecto; si todos los infelices descendientes del padre desobediente, consumada la primera culpa, son concebidos hijos de ira, vasos de corrupción y esclavos del Infierno; hoy, celebrando la Inmaculada Concepción, celebramos á Aquella, que ha sido la única criatura preservada de la corrupción del pecado original; corrupción inevitable á todos los demás descendientes de Adán. Y si otros cristianos vivieron luego en la tierra, que amaron su candor, imitaron su constancia, practicaron su caridad, ó se ejercitaron en las virtudes, Ella sobrepujó á todos en grado eminente, puesto que ninguno ha llegado, ni podrá jamás igualarla en la inocencia de su concepción, por haber sido la única inmaculada, aún antes de ser concebida. Apresurémonos, pues, amados hermanos, á considerar á María en su concepción, porque cuando la háyamos visto, por la liberación de toda mancha, adornada de un privilegio, que ninguna otra criatura podrá gozar juntamente con María, tendremos sobrados motivos para concluir, que verdaderamente es única. Saludémosla antes con el Arcángel. A. M.

Sumamente grato me es recordaros ahora las palabras, que en el Génesis se ofrecen á la consideración de todos los fieles, relativamente á la creación del primer hombre, y con las cuales creo que es muy fácil reconocer en María la exención de toda culpa. Hé ahí, pues, que Dios forma á Adán; pero, antes de poner manos á la obra, toma consejo con su sabiduría, llama al eterno Amor, y formado su cuerpo con un poco de barro, le inspira en el rostro un soplo de vida, ó sea, une á aquel cuerpo un alma espiritual. Esta alma, salida hermosa de las manos del Criador, era santa, y se elevaba ya al Cielo arrobada en alas de la caridad; era pura y limpia de la más leve culpa; se presentaba con la sonrisa suavísima de la gracia; era inocente y llena de dotes sobrenaturales; crecía en la integridad virginal de la belleza. Ahora bien; supongamos que entonces Dios, en vez de criar á Adán, hubiese criado á María; ¿os cabría duda alguna acerca de la inmaculada concepción de esta Virgen? No por cierto; y si el hecho se hubiera realizado de esta manera, nada podría alegarse en contra de esta concepción inmaculada. Pues bien; en el Génesis leemos de María más de lo que se lee de Adán. En efecto; queriendo la Iglesia que contemplemos en la Virgen una obra premeditada en los eternos Consejos aún antes de los siglos, le aplica las frases de los Proverbios, y la llama concebida aún antes de los días de la creación, la elogia salida de la mente de Dios antes que otra criatura alguna, y